

LETRAS

letrillas

LETRONES

CARTA DE MADRID

Ya ves

Ojalá no hiciera falta, si es que la hace. Ojalá la sociedad considerara indiferente su condición, y ellos mismos también. Por desgracia no es así, y prueba de ello es cómo algunos políticos (el más reciente y notable, el conservador británico Portillo) se adelantan a “confesar” alguna remota experiencia homosexual antes de que otros se la puedan airear con mala intención o falseando o agrandando el hecho. Pese a las comillas utilizadas, me temo que en efecto se trata de eso, de *confesar*, verbo que en religión suele implicar el reconocimiento y el arrepentimiento de un pecado, y, en contextos laicos, los de un delito, una falta, una culpa, un desliz. El señor Portillo ha confesado para curarse en salud, pero exactamente de la misma manera que otros admiten haber tomado drogas en su juventud, o haber sido alcohóli-

cos, o adúlteros; o cualquiera de las infinitas prácticas o inclinaciones que, no se sabe en realidad bien por qué, la sociedad ve como “lacras”. Todos esos confiesan para “hacerse perdonar”.

Lo peor del asunto es, a mi modo de ver, que algunos homosexuales, ocasionales o no, asuman ese punto de vista, lo hagan suyo, se sientan en la obligación de dar explicaciones privadas o públicas sobre sus conductas y preferencias. Lo inadmisibile, en verdad, es que nadie, hombre o mujer, homosexual o heterosexual, religioso o ateo, tenga que dar explicaciones sobre cualquier aspecto que no afecte directamente a sus responsabilidades laborales, sean éstas políticas, artísticas, bancarias, médicas, zapateras o fontaneriles. No es que ya la sexualidad del zapatero resulte indiferente a la hora de comprarle el calzado; es que lo es asimismo que el empleado de banca consuma drogas si sus aficiones no van en perjuicio de su tarea; o que al maestro le chiflen las revistas porno si no hace de ello proselitismo ni pretende

ampliar su colección con fotos de sus alumnas; no digamos que el Presidente del Gobierno tenga seis amantes, o que el director de cine le dé a la botella (muchos lo han hecho, como el gran Sam Peckinpah) si no retrasa los rodajes por ello y le salen obras maestras, o que al fontanero lo pierdan las timbas en sus ratos libres, o que el arquitecto inhale pegamento por un tubo (nunca mejor dicho). Y además, al paso que vamos en cuanto a demonizaciones, pronto habrían de confesar ustedes que les gusta el café, o fumar, o las tragaperras, o las telenovelas, o el fútbolín. O que están enganchados a la paella, santo Dios.

Los homosexuales han sido perseguidos, insultados, escarnecidos, quemados, torturados durante siglos, y aún hay muchos países en que serlo es un delito. No es fácil para ellos, por tanto, imponer o hacer valer su propia naturalidad ante quienes todavía los ven: a) como antinaturales; b) como viciosos; c) como degenerados; d) como enfermos; e) como un peligro; f) como fenómenos de feria; g) como contagiosos. Es así comprensible que también exista el llamado “orgullo gay”, y que, entre quienes se prestan a hablar de sus cuestiones íntimas, haya quienes no “confiesan”, sino más bien “proclaman”, como si a su afirmación añadieran: “Y a mucha honra”. Sin duda son sujetos valerosos, pero con su actitud desafiante no dejan de asomir, igualmente, el carácter “anómalo” o “especial” que la sociedad les atribuye.

Hace ya mucho que en los Estados Unidos se efectuaron campañas de *outing* o “exteriorización”, para desenmascarar, por las buenas o por las malas, la homosexualidad de personajes famosos. Aparecían en las calles carteles con fotos de actrices, cantantes, políticos o escritores, junto a un rótulo que rezaba: *Gay*. Lo irrespetuoso y chusco de la iniciativa quedó patente en que el rótulo no era ese a veces, sino *Bald* (“Calvo”), para indicar que Burt Reynolds o Heston gastaban peluquín. Nadie debe ser señalado contra su voluntad. Hace poco vi en la televisión cómo un bailarín reconocía —el verbo es humillante, aunque él se condujo con dignidad— su

homosexualidad. No quería hacer bandera de ello, dijo, ni convertirse en adalid de “causa” alguna. Creía tan sólo que su gesto podía ayudar a que otras personas, con entornos más agresivos e intolerantes que el suyo, pudieran dejar de ocultarse o de avergonzarse, no sentirse como apestados. Excelentes intenciones, justas, irreprochables. Lo malo está en el origen: en que ese bailarín se haya visto moralmente obligado a ir a una televisión, soportar a un entrevistador mucho menos digno que él y ver cómo alrededor de sus declaraciones se montaban debates, votaciones de los espectadores, un “caso”. Lo deseable sería que nunca hubiera “caso” por la conducta privada de nadie, y que nadie tuviera que defender la propia para añadir: “Y a mucha honra”. Sino, a lo sumo —y ya es mucho—: “Ya ves”. —

— JAVIER MARÍAS

CARTA DE BARCELONA

Gombrowicziana

Durante mucho tiempo —*long-temps*, que diría Proust— quise escribir como Gombrowicz. Pero durante todo ese largo tiempo no le leí nunca, tampoco le había leído —ni una sola línea, ni la más mínima curiosidad— antes. Me bastaba con saber que era un escritor excéntrico y apátrida, raro y singular, aristócrata venido a menos, guapo y ajedrecista. Yo aspiraba a ser lo mismo. Quería tener un estilo que se diferenciara mucho del resto de los escritores —por aquel entonces todavía no sabía que a eso en el gremio se le llama “voz propia”—, y Gombrowicz me parecía ideal porque, sin haberle leído, leía en cambio historias sobre su vida y su soledad y sus amigos, y esas historias me fascinaban.

Durante mucho tiempo me dediqué a imaginar lo que suponía que Gombrowicz escribía, y me decía que lo más probable era que escribiera en una lengua que parecía extranjera. Y mientras imaginaba esto, escribía yo mis cosas raras, las que yo pensaba que con casi toda seguridad se parecían a las de mi

maestro, mi ídolo raro, mi querido Gombrowicz.

Me llevé una cierta sorpresa el día en que por fin me decidí a leerle. Vi que nada tenía que ver su escritura con la mía, pero que, gracias a haberme pasado tanto tiempo creyendo que escribía rarezas como las suyas, me había hecho con un estilo literario propio.

Aunque no había aprendido nada de su escritura, decidí convertirlo en mi maestro. Enmarqué en mi estudio unas palabras de Gombrowicz que me fascinaban, las palabras que me gustaban más de él: “¿Quién decidió que se debe escribir sólo cuando se tiene algo que decir? El arte consiste precisamente en no escribir lo que se tiene que decir, sino *algo completamente imprevisto*”.

Como en esa época no tenía yo nada que decir, esas palabras enmarcadas de Gombrowicz me ayudaban a salir adelante en mi empeño en escribir, a pesar de que nada tenía que decir. Pasé una larga temporada al servicio de su Majestad Lo Imprevisto. Cada libro que escribía era más raro que el anterior.

Un día, retiré el cuadro enmarcado con las palabras de Gombrowicz. Consideré llegada la hora de ser, de una vez por todas, *yo mismo*. Entonces sucedió lo imprevisto, *la locura de lo inesperado*, que decía Marcel Duchamp.

Comencé, al principio sin casi darme cuenta, a *entrometerme* en la vida de mi antiguo maestro. Por ejemplo, me puse a investigar, con estilo de detective privado, qué había sucedido realmente en esa famosa cena en casa de los Bioy Casares de la que hablaba Gombrowicz en su diario. Alguien me recomendó que comprara un libro de Rita Gombrowicz en el que la esposa del escritor interrogaba en Argentina

a los que habían sido amigos suyos. En ese libro —aparte de quedar fascinado por Mariano Betelú y por Juan Carlos Gómez, más conocido por el Goma: dos de los mejores amigos del escritor— en-

contré una divertida respuesta de Silvana Ocampo a la pregunta de Rita Gombrowicz acerca de qué había sucedido en “la famosa cena”. Le contestaba Silvana, la mujer de Bioy Casares: “¿Famosa? ¿Por qué famosa? Había siete personas: Gombrowicz, Borges, Bioy, Mastronardi, José Bianco, Manuel Peyrou y yo. Todavía vivíamos en la calle Alvear. Antes de la cena todos escuchamos tangos [...] Gombrowicz disimulaba su timidez a base de brusquedad. Decía unas breves frases en francés, como si estuviera enfadado. Era a causa de su orgullo, sin duda [...] No nos comprendió y no le comprometimos. Debíamos habernos conocido mejor”.

Pasé toda una larga época obsesionado con saber qué había sucedido realmente en la famosa cena. Un día, el azar quiso que José Bianco aterrizara en Barcelona, le llevaron a la tertulia literaria que yo tenía en el bar Astoria. Me pasé toda la noche planeando el momento en que le preguntaría a Bianco qué había ocurrido en la famosa cena. Cuando por fin me atreví a preguntar, Bianco me dijo: “Usted quiere saber qué pasó aquel día, pero yo quiero saber qué ha pasado hoy, pues a mí me habían dicho que esto era una tertulia literaria y lo que yo he visto es una reu-

nión de cocainómanos, no han parado ustedes de ir todo el rato al lavabo”. Ya no me atreví a decirle nada más a Bianco en toda la noche. Meses después, me llegó la oportunidad de mi vida. Conocí a Bioy Casares. Cuando le pregunté por la famosa cena, sonrió, me dijo: “¿Así que quieres saber qué ocurrió aquel día? Pues mira, te lo voy a decir bien claro. No pasó nada”. “¿Nada?”, le dije extrañado.

“Nada —dijo Bioy—, no pasó nada”.

Pasó el tiempo y me olvidé de la famosa cena, pero sin darme cuenta seguí comportándome como si el propio Gombrowicz me hubiera nombrado de-



Gombrowicz.

pective privado del misterio de que él continúe secretamente vivo en el mundo o, mejor dicho, en mi mundo. Sentía yo que cualquier cosa que aludiera a Gombrowicz me concernía de un modo tan especial como íntimo. Eso explica que, cuando la Casa de América de Madrid me invitó sorpresivamente a un coloquio con Ernesto Sábato y Juan Carlos Gomes (el Goma) en torno a la figura de Gombrowicz, yo llegara a escribir en la edición catalana de *El País* una crónica que titulé “El fiel Goma”, donde comunicaba a los lectores mi emoción ante la posibilidad que se había abierto en mi vida de conocer personalmente a Juan Carlos Gómez, el para mí mítico amigo de Gombrowicz:

Desde Buenos Aires, el fiel Goma me cita el próximo 8 de febrero en la casa de América. A él le conozco sólo por una foto de 1957 y otra de 1963 en las que ya se percibe su futuro de hombre ajedrecista y dicharachero. Y aquí estoy ahora esperando al fiel Goma después de haber confirmado ayer que, tal vez por mi fidelidad de siempre al polaco, todo lo que rodea a Gombrowicz me concierne de un modo misterioso e íntimo. La cita es el 8 en Madrid. A las 22 horas. ¡Bienvenida la magia!

De nuevo, la locura de lo inesperado. Poco después de publicar el artículo, la reunión en Madrid se canceló porque Ernesto Sábato no podía asistir a ella. Había enviado yo al ICI de Buenos Aires, a José Tono Martínez (coorganizador del acto suspendido) mi crónica sobre el fiel Goma, y éste debió pasarla a Goma, que me envió una carta que me llegó justo el día en que yo estaba relejendo un libro apasionante sobre la correspondencia de Gombrowicz (desde Europa) con su fiel amigo Goma. El libro se llama *Cartas a un amigo argentino* y a él hacía referencia también en mi crónica, donde decía “el libro es estupendo y terrible” comentando la crueldad con la que a veces Gombrowicz trataba a su joven amigo de Buenos Aires, un amigo que al final, cansado de tanto despotismo por parte

del polaco, decidió enviarle unas líneas de ruptura, de despedida: “Usted cambia de personas como los antiguos mensajeros cambiaban de caballos y es la pura verdad. Chau Gombrowicz”.

Que me escribiera el fiel Goma es algo que todavía ahora, mientras estoy escribiendo esto, me tiene impresionado. Si Gombrowicz había tenido correspondencia con Goma, ahora era yo el que la tenía. No puedo apartar de mí la idea de que ocupo el lugar de Gombrowicz, que no escribo como él pero que a veces puedo llegar a *ser él*. Es una idea que cuando me llega me produce escalofríos. “Nuestro amigo José Tono Martínez —me dice Goma en la carta— e Iñigo Ramírez de Haro, el director de la Casa de América, son, como sabes, vascos. Según se cree el vasco es un animal pirenaico que cuando le bautizan se vuelve peligroso y ataca al hombre y, por lo tanto, habiendo la Divina Providencia en su infinita sabiduría dispuesto que estos dos cristianos organizaran nuestro encuentro el proyecto estaba destinado al fracaso desde el comienzo”.

No me atrevo a contestar desde Europa a la carta del fiel Goma porque intuyo que, de hacerlo, él se daría perfecta cuenta de que, aunque no escribo como Gombrowicz, ocupo actualmente su lugar y su personalidad en la tierra. Quiero ahorrarle ese susto a Goma, es la pura verdad. Chau Goma, me digo a todas horas. No quiero que él sufra, no quiero que le atormente la idea de que Gombrowicz ha reanudado la correspondencia con él. No quiero que eso pase como tampoco quiero seguir entrometiéndome más en la vida, la soledad y los amigos de mi maestro, el señor Gombrowicz, mi señor. —

— ENRIQUE VILA-MATAS

FUTURO

El mañana de Elián

Que no regresen, que no vengan más. Han pasado casi tantos años como los que tengo yo y todavía me persiguen con sus odiosas preguntas. Malditos, es hora de que me

dejen en paz, que me dejen tranquilo. Desde hace tiempo la única persona que soporto es la enfermera que aparece todos los días para darme mi medicación, mi paz tan honda como sepulcro, el tranquilo silencio en el que decidí encerrarme para siempre. ¿Qué habrá de interesante en lo que yo tenga que decirles a esos periodistas que asedian mi silencio? ¿Por qué siguen irrumpiendo en mi isla personal, en mi exilio voluntario dentro de mí? Parece que no tuvieron suficiente: cuando era niño me tomaron miles de fotos, después crecí y no dejaron de preguntarme sobre Cuba, por mi padre y por los cubanos, por la travesía arriba de la balsa y por mi madre ahogada. Incluso hubo más de uno que me preguntó si podía informarle del misterioso bálsamo de chirimoya mexicana que mantiene vivo y fresco a Fidel a sus ciento y pico de años, o si pensaba regresar algún día a dirigir una revuelta, o al menos un partido de oposición. A diferencia de mis escandalosos paisanos, no tengo opiniones políticas ni de otro tipo. Lo único que me queda de cubano es que fumo como demonio, y sobre la vida mejor no doy opiniones.

Aquí sentado no me aburro nunca. Si, como hago yo, uno pone la mente en blanco y se dedica a llenarla con imágenes entonces no se aburre, aunque a veces sí me siento un poco inquieto; pero he aprendido a poner mi mente en blanco y a repletarla con imágenes que invento y que nada tienen que ver con mi vida ni con la de nadie.

Todavía vienen a querer sonsacarme con sus preguntas de siempre: que si hubo efectos traumáticos en Eliancito, que qué daño psicológico me dejaron los federales cuando le apuntaron a mi tío con el rifle mientras me sacaban de su casa, que si voy a demandar a mi prima por quedarse con la cuantiosa fortuna que amasó gracias a mi causa, la del pobre balserito. Me perjudicaron tanto que terminaron por arruinar mi vida cuando apenas empezaba. Por eso he mandado al diablo al periodista ese que tuvo el descaro de buscarme ayer, en otro aniversario más de que la familia en

Miami ganara mi custodia. Ganaron para abandonarme todos y arrebatarse entre ellos un pedazo de Elián. Por eso los mandé al diablo, por eso decidí un día ingresar en la Institución y nunca volver a salir. No he estado fuera de Miami, pero aquí estoy bien, aquí nadie me molesta salvo cuando aparece otro periodista con el pretexto de que ya se cumplió un aniversario más de la liberación de Elián. No volveré a poner un pie más allá de la puerta de la Institución ni de sus blancas paredes, y seré como ese señor del que me habló un estudiante de la universidad hace ya tiempo, un señor muy conocido que nunca salió de su casa en Alemania pero que todos los días se sentaba en la plaza del pueblo siempre a la misma hora. Yo también soy muy puntual y riguroso en mis costumbres. Hace ya mucho tiempo que me siento todas las tardes en esta banca frente a la playa para fumar y llenar mi blanca mente con imágenes de las cosas que pasan allá en la orilla. Aquí vivo yo, sentado mirando el mar.



Amor filial: Elián y su padre.

Una pieza de museo

Regresé entre vótores y todo fue triunfo, un triunfo más de la revolución. Descendí del avión que me trajo de Washington y estuve tan cerca de Fidel como pocos lo han estado: no sé si las imágenes de entonces —la euforia de mi padre, las multitudes cantando eufóricas mi nombre, la V de la victoria esculpida en miles de puños en alto— son un recuerdo o una invención, pero todavía puedo sentir la gruesa barba de Fidel empujando fuerte contra mi mejilla y sus robustos brazos de beisbolista asiéndome de las piernas. En plena pista de aterrizaje, Fidel inició su discurso. Mi padre, sudoroso, tuvo que jalarme discretamente la oreja izquierda cada vez que se me cerraban los párpados mientras escuchábamos un caudaloso torrente de palabras que yo no comprendía.

Me felicitaron mucho y la escena volvió a repetirse en la Plaza de la Revolución y en el barrio donde vivíamos, mucho ruido, muchos gritos y aplausos.

Recuerdo mi regreso a la escuela, sentado en mi pupitre con mis compañeros de siempre. Los primeros días estaban todo el tiempo alrededor de mí, preguntándome cosas sobre los Estados Unidos y Miami. Los maestros me

ponían como ejemplo, hablaban de los héroes que habían peleado por la revolución. En los libros de texto yo también era un héroe, como Fidel y el Che. Lástima, porque la historia demostró ser otra.

Mucho tiempo fui una figura popular. Seguí estudiando, obtuve condecoraciones por cada ciclo escolar que lo

graba terminar. A los 17 me nombraron líder nacional de la juventudes comunistas. Todo sucedía de maravilla. En la universidad me enamoré y me casé con una estudiante de medicina que también militaba en las juventudes. Era la más guapa y yo era una figura pública. Juntos asistimos a congresos y reuniones, dirigimos la sociedad de estudiantes y ocasionalmente aparecíamos fotografiados con Fidel. Mis dos promesas, el amor y la política, se cumplían a cada día. Nunca como entonces pensaba que regresar a Cuba había sido un gran acierto. Hasta que un día llegó lo inesperado: murió Fidel. En otoño vino otra revolución y todo cambió, el país entero se transformó inexplicablemente: me convertí en un héroe innecesario, un héroe abandonado por su esposa (a unos cuantos meses de la debacle, Adriana corrió a los brazos de uno de los nuevos magnates de la economía).

Yo era demasiado joven cuando se acabaron los buenos tiempos, y como no pudieron hacer de mí un gran medallista olímpico ni un embajador universal de la lucha contra el imperio, el partido y Cuba toda me destinaron a un pequeño y triste lugar en el museo de la

revolución. Aunque ya se acabó la revolución y todo, ahí sigo yo, mi efigie colocada junto a una heroica muestra de vacuna cubana en un museo cerrado. Tengo 41 años y estoy solo como perro. Hoy mis compañeros de escuela pueden estar contentos de no haber seguido mi ejemplo. —

— BRUNO HERNÁNDEZ PICHÉ

SOCIEDAD Y LITERATURA

Minutos de decadencia

No hace mucho descubrí con melancolía que, de mi multitud de estudiantes en edad de casarse sin escándalo, sólo dos sabían quién fue Beatrice y que una vez Dante escribió la *Divina Comedia*.

Digo que sólo me dio melancolía porque hace tiempo ya que observo el avance de la barbarie con la impotencia de quien se rinde ante la peste. La primera evidencia de la gravedad del diagnóstico se produjo de hecho ya hace años, cuando descubrí con un sobresalto que aún me atormenta los insomnios que ninguno de mis alumnos en edad de endeudarse sabía quién había sido Stendhal, lo que en el mundo que procuro merecer equivale a no saber quiénes fueron, digamos, los Beatles. Una vez pasado el susto decidí hacer oídos sordos y continuar, estoico como los músicos del Titanic, mientras se hunde el barco y con él la idea de que todo tiempo es hacia delante, como creían nuestros abuelos.

Pero sucedió que unos días después de lo de Beatrice y el Dante me invitaron a dar una charla en el extremo de una suerte de desierto que va a desembocar en Utrillas, provincia de Teruel (Aragón), por cierto que uno de los desiertos más bellos que he visto. Un escenario entre cuento de hadas o de ciencia ficción, a elegir, muy cerca de Belchite, cuyas ruinas se conservan en perfecto estado para zanjar la discusión sobre quién ganó la Guerra Civil.

Y no con melancolía sino con una sorpresa incrédula y ahora emocionada descubrí que muchos de los muchachos

que me estuvieron dando opiniones y haciendo preguntas habían sido tocados por el dedo de la literatura, confío que irremediamente. Ni que decir tiene que no a causa de ningún hada ni ciencia ficción sino a la ciencia muy real de un par de jóvenes profesoras gravemente enfermas también, como pude comprobar, de literatura. Y todo ello dentro de unas charlas con escritores organizadas por deporte, y no a cambio de ninguna medalla, por otro par de profesores con fe. (Si los cuentan verán que no son tantos.)

Con los días todas estas anécdotas han ido encajando en el gran rompecabezas que me tiene agobiado, pero sin resolver el misterio fundamental. Que es el de los intelectuales o artistas que parecen empeñados en profundizar y enriquecer la ignorancia. Me refiero a filósofos que no iluminan, comisarios de arte que oscurecen, periodistas que desinforman o profesores que no enseñan, o no pueden hacerlo por culpa de planes educativos que parecen pensados a modo de caballo de Troya para preparar una futura invasión: como aprendieron los romanos con los griegos, es de toda evidencia más fácil y menos costoso conquistar un país de forzudos que un país de poetas y melómanos con la inteligencia afilada.

A mi modo de ver proliferan las pruebas de que la invasión ha comenzado y la barbarie no es ya la de toda la vida, desde la toma de la universidad por las sectas del pensamiento políticamente correcto (ya no tan incipiente en España) a la insidiosa idea de la rentabilidad como única regla de vida posible, incluso en la cultura, que hace que por ejemplo en periodismo se tienda a borrar la frontera entre información y publicidad. Hoy en día se quiebran más normas de garantía en los medios españoles que hace veinte años, y todo indica que no hemos hecho más que empezar.

De todos los síntomas, con todo, el más preocupante es a mi modo de ver el que no puedo llamar más que el suicidio de los guardianes, o por lo menos su huida, me pregunto a cambio de qué pues no alcanzo a ver cuál es la recom-

pensa. Y la forma más visible de comprobarlo es, igual que cuando Orwell denunció la superchería estalinista, mediante el abaratamiento y mixtificación del lenguaje.

Me refiero a la incomprensible deserción de profesores, escritores, editores y artistas de la obligación de defender lo obtenido hasta la fecha. Por anti-pático y gaseoso que resulte, lo que no podemos llamar más que cultura. Profesores que aceptan inconcebibles dosis de ignorancia como si se tratase de un huracán o un diluvio, gestores culturales (una raza en expansión) incapaces de distinguir un cuadro abstracto y menos aún de abstraer una idea, o escritores que en su día querían ser Borges y hoy sólo aspiran a que los reciclen en película.

Hasta aquí, todo suena más o menos conocido. Lo novedoso es el regodeo, la complacencia; la alegría, desfachatez e impunidad con que profesores reivindicaban el pensamiento sectario, arquitectos reclaman su derecho a aplastar ciudades, cineastas disfrazan de arte sus fotovelas, el porno rosa sustituye a la canción popular, los premios literarios se conceden por encargo, la televisión propone como revolución social lo que era y sigue siendo patético vicio de mirones... y que nadie diga nada: ese sí que es un misterio. Reconocerán que, en toda esta cadena de enigmas, no es el menos consolador el que en un desierto de Teruel dos profesoras y un centenar de muchachos hayan decidido dar asilo a literatura, y preservarla mientras pasan estos cinco minutos de decadencia.

— PEDRO SORELA

CIUDAD

El peatón por los aires

Yo quiero seguir siendo peatón de la tierra y peatón del aire. (Da un salto.) Quiero andar por los aires sin recurrir a la mecánica artificial. (Da otro salto.)
Eugène Ionesco

Lo reducido de las banquetas es inversamente proporcional al tamaño de nuestra barbarie. Hay ciertos barrios en los que las avenidas parecen haber ido ganando terreno a la

decencia inmobiliaria —como la arena rigurosa del desierto— hasta dejar sólo un borde vergonzoso y escuálido, que el peatón en su miseria no puede más que confundir con un oasis. Obligado al equilibristismo ambulatorio, avanza a duras penas por ese hilo de cemento amarillo-tránsito, cuidándose de no caer en los abismos que a cada lado lo acechan, infestados de monstruos velocísimos e infames, más peligrosos que los que alguna vez pudieron sospecharse en la corriente del Nilo. Tras haber recorrido las calles de la Ciudad de México, ¿quién piensa todavía con excitación en los safaris?

Cuando el problema que debe sortear el aprendiz de paseante no tiene que ver con un asunto de dimensiones, allí están los accidentes del terreno para importunarlos; imperfecciones variopintas que algún malévolo urbanista desperdigó con saña por las banquetas de la urbe. Es por lo menos *notable* que no podamos completar diez pasos sin que antes nos fastidien escalones, raíces de árbol, cuarteaduras, hundimientos y coladeras voraces, que si bien dan colorido y aventura a nuestros paseos, impiden que los disfrutemos en esa importante mitad que corresponde a la contemplación del paisaje. No es ninguna propuesta revolucionaria la observación de que para disfrutar en toda su plasticidad de las caminatas, mínimamente se requiere de una locomoción desprecupada. Pero tal es la familiaridad con el suelo a la que nos vemos constreñidos, tal la atención que debemos prestar al acné de la corteza terrestre, que incluso he llegado a creer, en tardes de extrema suspicacia, que esas irregularidades topográficas de las banquetas, esa absoluta negación de la lisura y el plano horizontal, no son más que una estratagemas de las autoridades a fin de que mantengamos la cabeza en permanente posición agachada. Si a eso sumamos los obstáculos a modo de perros, tubos, cadenas, pedazos de perros, coches invasores, teporochos, postes de luz, mesas de restaurante al estilo “*dolce vita tardío*”, boñigas humeantes, jardineras, puestos de tacos y demás linduras que

se interponen en nuestro camino, no queda ningún lugar ya no digamos para nuestros pies, sino tampoco para la duda: la sociedad *in toto* está empeñada en la desaparición del peatón, y no ha esperado para el cumplimiento de sus torvos propósitos la mediación de ningún decreto.

Situémonos por un momento en la mente del automovilista común, artífice principal del desprestigio del “arte de levantar el pie” y de sus aplicaciones como medio de transporte: más allá de esa cacería de viandantes que todos sin excepción alguna vez hemos practicado, y que en muchos casos sin una conciencia claramente homicida consiste en pisar con rabia el acelerador siempre que algún pobre diablo emprende el modesto heroísmo de cruzar una calle —¡ah, esa postal huidiza del peatón volando adolorido por los aires!—, no es difícil adivinar el bajo concepto en que los tiene —ciudadanos de segunda clase. Ni apenas se apoltrona en su papel de conductor, la maquinaria del impropio y la execración se enciende entre sus sienes, acaso en correspondencia estricta



Fotografía: Pablo Ortiz Monasterio

Un peatón como cualquier otro.

ta con el número de caballos de fuerza que rugen tras su volante. *Desobligado, lardo, indigente, vago* y hasta *pseudoestudiante* son los apelativos que de manera espontánea acuden a su cabeza cuando por alguna debilidad inconfesable se le ocurrió ceder el paso a un peatón; y no transcurren tres segundos de espera sin que esos apelativos sean escupidos uno tras otro, atronadoramente, casi siempre precedidos de un amigable “¡apúrate!”

Quizá como resabio caprichoso de

una época aristocrática ya remota o del todo inexistente (en la que cualquier trabajo físico se consideraba indigno, especialmente si se encaminaba a algún fin), el automovilista considera aborrecible y de mal gusto el hecho de que para desplazarnos tengamos *todavía* que servirnos de nuestra propia fuerza. Y tan grande es su malestar y su repudio, que día con día se ve impelido a combatir, en ocasiones a través de la erradicación directa, esa plaga peripatética que el orden establecido no ha logrado eficazmente. El consumo conspicuo —cuando no el vulgar alarde— ha tenido seguramente mucho que ver con el desdén hacia los pies en movimiento, con la abominación altiva de dar un uso práctico a nuestros músculos motrices. Pero la aristocracia que consagró ese alarde y esa forma de rechazo se encuentra ahora en la desconcertante situación de sentir suya la responsabilidad de salvar al planeta, por lo que caminar no tardará en convertirse en un gesto de urbanidad ecológicamente correcto y, antes, tal vez muy pronto, en una ocurrencia *chic*. Lástima que para ese importante advenimiento tengamos que esperar andando solamente en nuestra imaginación, paseando por esa región del aire que todavía no logra rechazarnos.

“Hablar y pensar son las formas de caminar de la mente”, observó Balzac. De allí que los paseos y las largas caminatas hayan estado siempre emparentadas con la digresión y el talante discursivo; de allí que estas actividades se ejerciten mejor cuando son realizadas simultáneamente. El buen estado de ánimo de los pies contagia a las terminaciones nerviosas, y éstas, a su vez, en un flujo alegre y cíclico, comunican su beneplácito a los tendones y falanges. No puedo por desgracia jactarme de pensar mientras camino —el reino de los ejes viales selló definitivamente el tiempo del *flâneur*—, pero buscando desconsoladamente un puente peatonal en medio de una encrucijada, he atisbado la terrible verdad de este simple aforismo:

La civilización son las banquetas.

— LUIGI AMARA

POLÍTICA Y POESÍA *¿Benedetti ataca de nuevo?*

Hubo furor en los setenta: muchas universitarias fueron cautivadas por *La tregua*, aquella novela de la que casi treinta años después su autor dice que “No entiendo su éxito, es una novela simple y austera y no estoy seguro de las condiciones que la han hecho famosa”. Y uno no puede creerle al escritor uruguayo que ha fundado casi toda su obra en una simplicidad bien provista de efectismo sentimental y no pocas veces político, en medio de condiciones en las que no es difícil hacer pasar aquella “austeridad” por la *mera neta* no sólo en la narrativa sino en la poesía, mina inacabable para gozo de aquellas lectoras —y lectores desde luego— y de sus sucedáneos. “Es lo que mejor se me da”, ha dicho el escritor, “lo que me resulta más fácil”. Pues cómo no. Desde los setenta también los versos simples de Mario Benedetti llegaron de modo natural a las salas de espectáculos y a los elepés mediante las voces de devotos intérpretes. Nacha Guevara campechaneaba el tono elegíaco de *No llores por mí, Argentina* con la profundidad de “Si te quiero es porque sos...”. Benedetti había llegado al campo de los hallazgos grandes: dos amantes en la calle hacen cuentas y descubren que “somos mucho más que dos”. Años después, en su mundo monocorde el cantante Joan Manuel Serrat suscribiría aquella declaración de corte echeverriano del poeta oriental: “El Sur también existe”. El fin de siglo mexicano, quién lo diría, reincorpora aquella suerte de poesía llanera precisamente en el único partido político que se mueve lejos de la retórica, el de Democracia Social. Y no deja de ser inquietante ver y escuchar al serio y propositivo Gilberto Rincón Gallardo lanzar desde su córner la elemental aritmética de aquellos versos de tienda de descuento y decirle a los mercadotécnicos candidatos que en la lisa de estos tiempos también *somos mucho más que dos*. —

— JUAN JOSÉ REYES

LITERATURA

Puntos o la ley de Heisenberg (VI)

A sí, en el *Correo verdadero* (abril de 1732) del capitán holandés Vosterloch, aparece esta información sobre los indígenas de color “azulado” de Tierra de Fuego y sobre ciertas esponjas. Aquéllos, “cuando quieren enviar algo o discutir a distancia, hablan de cerca con algunas de esas esponjas, luego las envían a sus amigos que, habiéndolas recibido y oprimiéndolas suavemente, hacen salir las palabras como agua y saben por este admirable medio, todo lo que sus amigos desean”. Qué admirable intuición del teléfono o del disquete, semejante a los aterradores anuncios de mi abuela que por los años cuarenta insistía en que no podía tardar el teléfono con televisión incorporada. Sin ver en ello nada malo, excepto no alcanzarlo.

*

Los títulos son material atesorable. Cuanto menos se revelan de golpe, más quedan en la memoria. Todavía me detienen *Parerga y Paralipómena*, de Schopenhauer, *Satura* de Montale. A veces parecen sin misterio, como *Novelas del ducado en llamas*, del entrañable Carlo Emilio Gadda; sin embargo, de modo subliminal, me intrigó siempre. Y como las memorias, correspondencias, entrevistas y otros escrutinios se siguen publicando al servicio de la incontinencia en el husmear lo que la gente quiso privado, hojeo viejas cartas (1934-1967) de Carlo Emilio Gadda a su buen amigo Gianfranco Contini. Éste las anota y nos aclara muchos enigmas que el tiempo y el propio estilo irónico y ceremonioso de Gadda abre en su escritura. El fascismo y su final declinación física lo ponen de mal humor; transforma u oculta los nombres que le son odiosos y él, que se queja de la jerga con que filólogos y críticos “complican tanto las cosas”, ya “aprendiz cadáver” no deja de velar con alusiones crípticas lo que no lo alegra nombrar. No creyó “en la existencia de un público, como ente en sí: mi público

son los 25, quizás ocho o a lo más diez lectores que me honran con una lectura como puede ser la tuya” y sin duda no imaginó que la voracidad editorial pudiese desenterrar su obra temprana y sus epistolarios. Éste no nos depara habladurías o malignidades sino conmovedoras “misérrimas configuraciones argentarias” y la lección de una amistad nítida. Para mi sorpresa también datos sobre un título que inquietó al editor Vallecchi (lo hallaba abstracto) y también a Contini. Gadda se defiende: “El título no me ha parecido tan ‘fuera de tema’ como dices: novelas (= noticias) del ducado (= del estado del duce mierda) entregado a las llamas: (de la lujuria demencial, de la locura narcisística y de las bombas de fósforo).” —

— IDA VITALE

CINE

La identidad del placer

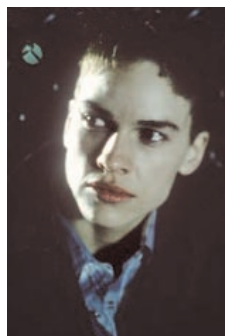
El tema esencial de *Los muchachos no lloran* es el cortejo con el peligro como una estimulante evasión de la realidad (y, en este caso, de la identidad de género), pero dentro de un ambiente de gente aburrida y vencida que vive en un lugar profundamente provinciano dentro del de por sí poco cosmopolita estado de Nebraska, en el centro de Estados Unidos.

Falls City (como sabemos gracias al documental *The Brandon Teena Story*, que trata el mismo tema) era en 1993 un pueblo de unas cinco mil personas, económicamente deprimido y mayoritariamente dependiente de una sola fábrica, al cual Teena Brandon (que vestida de hombre se hace llamar Brandon Teena), de 21 años, huye desde la pequeña ciudad de Lincoln, donde sus seducciones a jóvenes mujeres con ella simulando ser un hombre la han llevado muy cerca del castigo violento (de parte de los familiares de las seducidas) y donde también ha tenido problemas con la ley por delitos menores. En Falls City ella ha llegado —en cuanto a con-

ciencia del mundo exterior y tolerancia a la diferencia— al corazón de las tinieblas (“¡Ahí cuelgan a los putos!”, le dice su primo homosexual, preocupado por su seguridad, cuando ella lo visita brevemente en su casa móvil de Lincoln). Pero en la misma Falls City, Teena (con la actuación —psicológicamente penetrante y por la cual ganó un Óscar— de Hilary Swank) se siente libre para ser Brandon, usar ropa de hombre (con relleno en la entrepierna), perseguir a las mujeres locales y emular el comportamiento macho más banal dentro de un grupo de jóvenes —blancos pobres que viven vidas raídas y sin alternativa, en un pueblo donde hay poco que puedan hacer tras las horas laborales además de jugar peligrosamente con sus coches o verse bajo los puentes para espantar murciélagos.

Dominando estas actividades sin objeto están John (Peter Saarsgard) y su compinche Tom, ex convictos relativamente afales pero peligrosamente inestables. Y está Lana (Chloe Sevigny), una rubia que trabaja en la fábrica y que se convertirá en el último amor de Brandon. En *Los muchachos no lloran*, la joven

y debutante directora Kimberley Pierce ha producido lo que es esencialmente una película de actores, con una precisa conciencia de clase y de los detalles regionales, en donde la cuidadosa acumulación de carácter psicológico está visual y temáticamente puntuada por referencias al recurrente tema norteamericano del “camino”. Mintiéndole a Lana,



Hilary Swank, protagonista.

Brandon fanfarronea sobre sus viajes a través del país a ciudades como Nueva Orleans. Pero en realidad ella nunca ha pasado por ningún lugar fuera de Lincoln y Falls City y los planos kilómetros de Nebraska que los separan (en una ciudad grande y tolerante como Nueva Orleans o San Francisco, Brandon —que se piensa hombre y cuyo objetivo final es una operación de cambio de sexo— pudo haber encontrado fácilmente aceptación y comunidad en lugar del trágico final

que encontraría en Falls City). “El camino”, dentro de la mitología norteamericana —y todo el género de *road movies*—, representa la posibilidad de nuevos horizontes, de esperanza eterna. Y las falsas historias de aventuras de Brandon encajan en esa parte del sueño. Pero hay también otra cara del mito del camino: “el camino” como una especie de continuidad vacía, solitaria, que no va a ningún lado y sólo regresa circularmente hacia sí misma. Ambas caras se unen al final de la película cuando Lana, después de haber atestiguado el asesinato de Brandon y haberla llorado, es vista manejando velozmente en una carretera vacía con una sonrisa en el rostro, perdida en un momento de velocidad sin meta, tal vez recordando sus momentos de amor con Brandon (su último encuentro sexual había sido honestamente mujer-mujer). Es posible que esté abandonando Falls City, pero lo más probable es que no. Y las tomas del camino que salpican a la película, en su gran mayoría de un pedazo desierto de carretera,

siempre distintas pero siempre las mismas, forman un comentario básico, irónico, del sueño de escape de Brandon Teena, porque en realidad no sabe a dónde ir. Excepto a regiones que puede controlar dentro de ella misma: para acrecentar su propia impostura y consecuentes victorias eróticas.

Hilary Swank le otorga a Teena Brandon-Brandon Teena una viva sonrisa que atraviesa los rasgos delicados de su rostro cada vez que está arrasada por la emoción de salirse con la suya en su identidad construida. De otra forma siempre está controlando sus reacciones —incluso cuando arroja su delgado cuerpo a una pelea contra un hombre grande o cuando sigue jubilosamente la orden caprichosa de John de tratar de superar en velocidad a una patrulla— para encajar como “uno de los chicos”. John y Tom están igualmente atados a sus papeles. Incluso después de que ha sido revelada la identidad sexual de Brandon —a través de una noticia en un periódico sobre su juicio en Lincoln—, incluso des-

pués de que han reaccionado golpeándola y violándola, siguen dirigiéndose a ella con términos locales y convencionales de la amistad entre hombres, como si la permanencia del papel fuera la única manera (junto con el castigo contra el descarriado) de mantener el caos a raya.

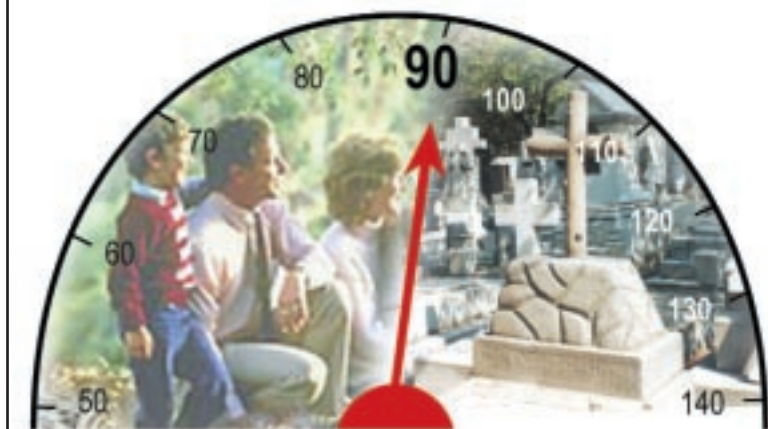
Una semana después la asesinarán, en un insensato intento por “cancelar” los cargos de violación, porque la policía local no hace rápidamente los arrestos necesarios, después de una dura escena de brutalidad verbal en la que dos policías hombres interrogan a Brandon con desprecio total y la obligan a decir la palabra “vagina” como parte de la descripción detallada de la violación. Este es el momento más frío en el descenso trágico de Teena-Brandon. Los más brillantes —sus sonrientes momentos de exaltación— se dirigen a todo aquel que se haya atrevido a tomar riesgos locos en la búsqueda del placer o de un firme sentido del ser.

— HANK HEIFETZ

— Traducción de Santiago Bucheli



Con tu velocidad... ¿Adónde quieres llegar?



¡Tú eliges!